

ANYA SETON

# Catalina

Libros de  
*seda*

*¡Alabada seáis vos y vuestro nombre,  
diosa del reconocimiento o de la fama!*

*«Señora —dijeron—, a vos  
acudimos y os suplicamos  
para que nos concedáis buena fama».*

*«Os lo advierto —respondió ella—,  
de mí no obtendréis buena fama.  
Así pues, marchaos ya, ¡por Dios!».*

*«¡Ay! —exclamaron—, ¡pobres de nosotros!  
¿Podéis decirnos la razón?».*

*«Porque no me place», respondió sin compasión.*

*La casa de la fama,  
de GEOFFREY CHAUCER*

# Nota de la autora

**A**L CONTAR LA HISTORIA de Catalina de Roet-Swynford y Juan de Gante, el duque de Lancaster y rey consorte de Castilla,<sup>1</sup> mi mayor empeño ha sido servirme únicamente de hechos históricos siempre que estos fueran conocidos, y lo cierto es que se saben muchas cosas sobre el siglo XIV en Inglaterra. Puesto que mi relato se basa en la Historia, he intentado no modificar la cronología, ni la ambientación, ni los personajes en función de mis conveniencias.

Para aquellos lectores interesados en conocer las fuentes, adjunto más abajo una lista con las principales que he utilizado. Y para aquellos que deseen saber algo más sobre el trasfondo de la novela y sobre el proceso de escritura, dejo a continuación unos breves apuntes.

Mi interés por Catalina comenzó cuando leí una mención sobre ella en la maravillosa biografía *Geoffrey Chaucer de Inglaterra* (Nueva York, 1947), escrita por Marchette Chute. Más tarde conocí a la señorita Chute y le estoy muy agradecida por los ánimos que me transmitió.

Entonces inicié mi investigación sobre el siglo XIV, previa al indispensable viaje a Inglaterra para realizar una pesquisa más a fondo y para visitar algunos de los lugares relacionados con Catalina. He pasado cuatro años de mi vida en Inglaterra, mi padre nació allí y siempre he sentido un gran cariño hacia ese país, pero aquel viaje de documentación que realicé en 1952 fue especialmente placentero, ya que combinó la belleza de la primavera inglesa con la diversión propia de una búsqueda del tesoro.

Visité cada uno de los condados, examiné las ruinas de los numerosos castillos de Juan de Gante y busqué información sobre la vida de Catalina en el Museo Británico, en rectorías, en bibliotecas y archivos municipales, y también por medio de las leyendas locales.

---

1 N. de la Ed.: Juan de Gante fue rey consorte de Castilla por su matrimonio con Constanza de Castilla, hija del rey Pedro I, con la que se casó el 21 de septiembre de 1371. Para él, era su segundo matrimonio tras el fallecimiento de su primera esposa, Blanca de Lancaster.

Poco se sabía de ella, salvo cuando su vida se cruzó con la del duque, y aun así hay pocos detalles al respecto. La imagen que de ella se da en el Diccionario de la Biografía Nacional es imprecisa, pues los cronistas de la época se mostraron hostiles hacia su persona en su mayoría (excepto Froissart) y los grandes historiadores no han mostrado gran interés por Catalina, quizá porque conceden poco espacio a las mujeres de aquel periodo.

A pesar de todo, Catalina fue un personaje importantísimo para la historia inglesa.

Cuando realicé la visita guiada por Lincolnshire, conseguí arrojar nueva luz al respecto. En ese sentido, quiero mostrar mi más ferviente agradecimiento al señor J. W. F. Hill, por su cordial ayuda y por su erudito y accesible libro *Medieval Lincoln* (Cambridge, Ing. 1948).

También quiero dar las gracias a los amables vecinos de Lincoln que se interesaron por mi proyecto, y en especial a los propietarios y habitantes de Kettlethorpe Hall, donde pasé unos días maravillosos en el propio hogar de Catalina, tratando de reconstruir el pasado. Pese a que apenas quedan unas ruinas de la casa del guarda y de las bodegas de la época de Catalina, la rectoría albergaba uno de esos valiosísimos boletines locales que solían recopilar clérigos instruidos. *The Manor and Rectory of Kettlethorpe*, de R. E. G. Cole, M. A., prebendo de Lincoln, contenía muchísima información novedosa sobre los primeros Swynford, así como sobre Hugh y Catalina. También contenía información sobre fechas —como la que empleé para la muerte de Hugh— que difieren de las oficiales, pero resultan irrefutables al estar muy documentadas. La fecha del fallecimiento de Hugh daba pie a la explicación que he utilizado para su misterioso final.

Los nombres de los principales personajes de este libro resultarán familiares para los estudiantes de Historia inglesa, pero también he intentado, en la medida de lo posible, utilizar personas reales para el elenco de secundarios. Los registros de Juan de Gante me fueron muy útiles en ese sentido. Por ejemplo, en el caso del hermano William Appleton, su aptitud oficial y el destino que acabó teniendo fueron tal y como se plasma en estas páginas. Hawise Maudelyn fue la dama de compañía de Catalina, Arnold fue el halconero del duque, Walter Dysse fue su confesor e Isolda Neumann su niñera. No he añadido sirvientes, oficiales ni vasallos que no vinieran recogidos en sus registros.

En pro del desarrollo y las motivaciones de la historia, a veces ha sido necesario introducir mis propias interpretaciones, pero confío en que sean legítimas y verosímiles.

Juan de Gante ha sido muy vilipendiado por los historiadores que han seguido al pie de la letra las crónicas más hostiles, sobre todo las del monje de San Albano en su vengativo *Chronicon Angliae*. Lógicamente, en mi caso he preferido guiarme por la imagen de este personaje que ofreció su principal biógrafo, Sydney Armitage-Smith, y un vistazo imparcial a los hechos parece confirmarla.

Mi tratamiento «psicológico» del bulo del niño cambiado al nacer surgió a partir de varios indicios. La mayoría de los historiadores se han sentido desconcertados por la actitud del duque en el Parlamento y el repentino cambio posterior. Una fuente relaciona este hecho con el probable efecto inconsciente que ejerció sobre el duque una difamación de ese tipo, y a mí me parece lógico.

Al abordar un campo tan amplio como el de la historia y la política de la época, he tenido que limitarme a aquellos acontecimientos que pudieran haber afectado a Catalina, pero al mostrar sucesos nacionales he intentado extraer la verdad de entre la maraña de datos y puntos de vista enfrentados. Para saber más sobre el Buen Parlamento y la Revuelta de los campesinos, he leído a todas las autoridades en la materia, pero me he guiado sobre todo por *The Anonimale Chronicle* de la abadía de Santa María, en York, que proporciona información que no estaba a mano de los historiadores de antaño.

La existencia de Blanquita ha sido ignorada por completo, pero fue documentada por Armitage-Smith en el apéndice y también viene recogida en los registros.

Estos registros también me han proporcionado, por deducción, abundante material para la narración, ya que muchas anotaciones se refieren a la vida personal de Catalina y el duque, como su separación en 1381, atestiguada por una declaración de renuncia en latín, así como por esos monjes cronistas que jamás perdieron una oportunidad de atacar al duque por motivos que he intentado señalar.

Mis conocimientos de latín no bastaban para realizar una investigación de tanto calado, así que varias personas tuvieron la amabilidad de ayudarme, pero he terminado familiarizándome con el inglés y el francés del medievo, y uno de los mayores placeres personales que ha supuesto escribir este libro ha sido leer un montón de literatura medieval, incluidas las obras de Chaucer. Sospecho —y sé que en este punto me estoy adentrando en terreno pantanoso— que Chaucer pudo tener en mente a su hermosa cuñada en algunos pasajes de sus obras, especialmente en el poema *Troilo y Crésida*.

Existen muchas pruebas de que no me he inventado la belleza de Catalina por el bien de la narración. En el epitafio de Juan de Gante en la catedral de San Pablo, ya destruido, se hace referencia a ella como una «...*eximia pulchritudine feminam*», un apelativo inusual en una lápida, mientras que el reprobador monje de la abadía de Santa María la consideraba «*une deblesse et enchantaressse*».

Juliana de Norwich fue una de las grandes místicas inglesas. Todas sus citas están extraídas literalmente de sus *Revelaciones del amor divino*, editado por Grace Warrack (Londres, 1949). Espero que se haya podido reconstruir la pequeña ermita a la que estuvo unida antaño su celda de anacoreta; cuando la visité, se encontraba en un estado lamentable como resultado de un ataque militar.

Para terminar, quiero dar las gracias de nuevo a todas aquellas personas que me han ayudado, y en especial a mi querida amiga Isabel Garland Lord, y a mi prima británica Amy C. Flagg, de Durham.

He consultado todos los libros de historia al uso que recogen aquel periodo y gran parte de las crónicas, pero me siento muy en deuda con las siguientes obras:

*John of Gaunt's Register*. Camden Third Series, 4 vols., 1372-83. Estos volúmenes recopilan los documentos auténticos en francés (y ocasionalmente en latín) expedidos por el duque.

*Genesis of Lancaster*, de sir James H. Ramsay (Oxford, 1913), 2 vols.

*John of Gaunt*, de Sydney Armitage-Smith (Londres, 1904). La biografía definitiva.

*Chaucer's World*, compilación de Edith Rickert (Nueva York, 1948).

*The Anonimale Chronicle, 1333-1381*, de la abadía de Santa María, York, editada por V. H. Galbraith (Manchester, Inglaterra, 1927).

*Sir J. Froissart's Chronicles*, traducido por Thomas Johnes (Londres, 1810).

Resultaría tedioso enumerar todas las demás crónicas, así como las biografías de Chaucer, Wiclef, las reinas, el Príncipe Negro, Enrique IV, Ricardo II, etc. Pero sí me gustaría mencionar varios libros sobre el trasfondo de la época como *English Wayfaring Life in the Middle Ages*, de J. J. Jusserand y traducido por L. T. Smith (Nueva York, 1950); *The Waning of the Middle Ages*, de J. Huizinga (Londres, 1924); todas las espléndidas y exhaustivas obras de Eileen Power, especialmente *Medieval English Numeries* (Cambridge, Inglaterra, 1922), y los excelentes libros de G. G. Coulton; *Life on the English Manor*, de H. S. Bennett (Cambridge, Inglaterra, 1937); y los hermosos y fascinantes volúmenes de *Medieval London*, de sir Walter Besant (Londres, 1960).

**PRIMERA PARTE**  
**(1366-1367)**

*Si no existe el amor, oh Dios, ¿qué siento yo?  
Y si hay amor, ¿qué es y de qué naturaleza?  
Si el amor es bueno, ¿de dónde viene mi dolor?  
Y si es malo, a mí me parece una bendición...*

*Troilo y Crésida*

# Capítulo 1

**E**NVUELTA EN EL TIERNO verdor propio del mes de abril, Catalina emprendió al fin su viaje en compañía de dos monjas y un mensajero real.

El sol apenas había asomado la cabeza cuando partieron del pequeño convento de Sheppey. Guiando a los caballos hacia el oeste rumbo a la región de Kent, descendieron con cautela por la empinada colina. Unas nubes oscuras y cargadas de humedad cubrieron la torre de la catedral que se erguía a sus espaldas, y el viento arrastró consigo una densa neblina procedente del mar del Norte.

Comenzó a repicar una campana que tocaba a Prima y Catalina escuchó los ecos de esos tintineos que tan bien conocía, el golpe seco de la puerta del convento y la débil voz de la monja guardesa que resonaba entre la niebla:

—*Adieu*, querida Catalina, *adieu*.

—Hasta la vista, sor Bárbara, que Dios os guarde —respondió Catalina, confiando en que su voz no sonara demasiado alegre.

Había intentado experimentar la preceptiva punzada de tristeza por abandonar ese convento donde había pasado cinco años de su vida, pero su corazón no estaba dispuesto a hacerlo. En vez de eso, bullía de expectación ante lo que le aguardaba.

Apenas era una chiquilla esmirriada cuando la reina tuvo a bien enviarla al convento de Sheppey como interna, y ahora era una mujer casadera, pues cumpliría dieciséis años en octubre, poco después de la festividad de san Miguel. Ya había tenido dosis suficiente de claustros y monjas omnipresentes, por amables que fueran en su mayoría. Estaba harta de la inexorable campana que regía sus vidas, repicando a Maitines y Laudes, y así cada tres horas a lo largo del día hasta llegar a las Completas de las ocho de la tarde que señalaban el momento de irse a la cama. Estaba harta de lecciones y cánticos monótonos, de los susurros reprobadores de las religiosas.

Por más que uno se esfuerce, resulta imposible sentir lástima por dejar todo eso atrás, sobre todo cuando la sangre caliente corre con brío por tus venas, y cuando el mundo exterior esconde tantos placeres tentadores aún por descubrir: bailes, música sensual, jolgorio... y amor.



Por fin había llegado la citación para acudir a la corte, cuando Catalina ya casi había perdido la esperanza y parecía que la reina había olvidado por completo su interés previo por aquella huerfanita. Puede que la reina se hubiera olvidado, pero al menos Felipa no. Catalina pensó en el incipiente reencuentro con su hermana, a la que llevaba tantos años sin ver, y de repente dio un respingo de alegría que el viejo caballo blanco aquejó de inmediato. El animal tropezó con un surco embarrado, se enderezó y después se quedó quieto, frunciendo sus gruesos labios.

La priora Godeleva también percibió el respingo, ya que Catalina iba sentada detrás de ella.

—¿Qué mosca te ha picado para brincar de esa manera, Catalina? —exclamó Godeleva, girando la cabeza para mirar hacia atrás, mientras agitaba las riendas e intentaba conseguir que el caballo reanudara la marcha—. A *Bayard* no le gusta cargar con dos personas a la vez y ya eres mayorcita para andar con juegos de este tipo. Pensaba que te habíamos educado mejor.

La priora volvió a sacudir las riendas, pero fue en vano.

—Perdonadme, reverenda madre —dijo Catalina, ruborizándose.

Sor Cicily, la otra monja, se acercó a ellas muy agitada.

—Ay, cielos, ¿qué ocurre, reverenda madre? —exclamó.

Cabalgaba a lomos de un rocín viejo y decrepito que les había prestado el administrador del convento, por lo que no es de extrañar que se hubiera quedado rezagada.

—Como puedes ver —respondió la priora con frialdad, al tiempo que hincaba los talones en la panza del caballo y le azotaba el cuello con una mano pequeña y pálida—, *Bayard* se niega a moverse.

Sor Cicily asintió con gesto compungido.

—Ya sabía yo que nos traería mala suerte que sor Joanna matara a esa araña esta mañana. Ay, Señor, Señor, ¿qué podemos hacer?

Se quedó mirando a su superiora con los ojos muy abiertos. Sor Cicily tenía miedo a los caballos y estaba tan nerviosa desde que la priora la designó como acompañante en ese viaje al mundo exterior que apenas podía pensar con claridad.

—¿Y si le rezamos a san Botulfo? —exclamó, entrelazando las manos. Pero el caballo ni se inmutó.

Will Finch, apodado el Largo, era el mensajero de la reina y marchaba al frente mientras canturreaba entre dientes una canción subida de tono. De pronto percibió el silencio que se había asentado tras él. Dio la vuelta a lomos de su ruano y, tratando de ver algo entre la niebla, regresó para ver qué pasaba.

—Por los clavos de Cristo —murmuró cuando vio el problema—, estas viejas cacatúas deberían quedarse en su convento. A este paso no llegaremos a Windsor hasta Pentecostés.

Desmontó y le asestó un fuerte cachete a *Bayard* en la grupa con la hoja de su daga, al tiempo que daba un fuerte tirón de la brida. El caballo resopló indignado, pero reanudó la marcha y Catalina se aferró a la regordeta cintura de la priora.

—Necesitáis una vara, reverenda madre —dijo Will el Largo, mientras partía una rama de avellano para entregársela a Godeleva.

La priora inclinó la cabeza con gentileza para darle las gracias. Era hija de un caballero sajón, se sentía orgullosa de su linaje y le preocupaba mucho que el mensajero real pudiera considerarlas unas palurdas por provenir de un convento tan insignificante.

Pero Will el Largo no estaba pensando en la priora, estaba mirando a Catalina. Los rayos del sol, que habían empezado a filtrarse a través de la niebla que cubría el río Swale, le permitieron verla debidamente por primera vez. «Una moza agraciada», pensó mientras escudriñaba con mirada experta el rostro que asomaba por debajo de aquella capucha verde.

Divisó unos ojos grandes y grises, franqueados por unas pestañas oscuras, y dos lustrosas trenzas casi tan gruesas como su muñeca y tan largas que descendían sobre la grupa del caballo, mientras que los mechones sueltos, de color cobrizo como una hoja de roble en otoño, se aferraban a una frente pálida y despejada. Esa chiquilla no necesitaría recogerse el pelo para darle amplitud a su frente como hacían las damas de la corte. Tampoco le haría falta embadurnarse la cara con ningún ungüento a base de plomo. Tenía la piel lisa y lechosa, con un repunte de rubor en los pómulos y ni una sola imperfección. Sus labios carnosos, que no tenían nada que ver con los labios fruncidos que solían verse en la corte, presagiaban una pasión capaz de poner a prueba a cualquier hombre, así como el fulgor de las aletas de su nariz y el hoyuelo de su barbilla redondeada.

«En cuanto adquiriera un poco de experiencia, será una muchacha ideal para los juegos de alcoba», pensó Will el Largo mientras avanzaba junto al percherón blanco y contemplaba a Catalina. Su belleza estaba fuera de toda duda, si bien era un poco flacucha y no tenía mucho pecho. Ojalá tuviera buenos dientes. Los dientes mellados o podridos echaban a perder a más de una preciosidad. El mensajero estaba decidido a hacerla sonreír.

—¿Habéis visitado alguna vez el nuevo castillo, damisela? —preguntó mientras señalaba hacia el norte, donde asomaban las torres almenadas de Queenborough sobre el cielo despejado.

—Por supuesto que no —intervino la priora—. No permito que ninguna de mis chicas se acerque a ese castillo atestado de hombres libidinosos, tanto trabajadores como soldados, y que además se encuentra a cinco kilómetros del convento.

—Hay que proteger al rebaño, reverenda madre, de eso no hay duda —dijo Will el Largo, sonriendo—; pero como la señorita Roet es lega, pensé que tal vez habría pasado por allí...

Will el Largo le guiñó un ojo a Catalina, pero la muchacha agachó la mirada tal y como le habían enseñado. Esa mirada atrevida que le había dirigido Will Finch le recordó un poco a la que le lanzó aquel joven escudero que acudió al convento para verla el año anterior. Era una mirada que provocaba acaloramien- to y cierta turbación, pero que no resultaba desagradable en absoluto. Los únicos hombres con los que había hablado en su vida, el viejo administrador y un sacer- dote aún más anciano, no lucían una mirada como esa.

—Entonces, ¿no visteis al gran duque de Lancaster cuando acudió en perso- na a inspeccionar el edificio el año pasado? —insistió el mensajero—. Lástima. Es el más gallardo de todos los hijos de nuestro rey, y para muchos el más apues- to, sin contar a Eduardo, el príncipe de Gales, que Dios lo bendiga.

A Catalina no le interesaba el duque de Lancaster, pero había una pregunta que estaba deseando formular.

—¿Puedo hablar, reverenda madre? —susurró, inclinándose hacia delante.

Se asomó para comprobar que el rostro redondeado de la priora había recu- perado su expresión afable bajo su toca blanca y estriada. Godeleva asintió, de- batiéndose entre lo inapropiado de cuchichear con un sirviente, aunque fuera de la realeza, y su propia curiosidad acerca de lo que les estaría aguardando en Windsor.

Catalina se dio la vuelta hacia Will el Largo.

—Tal vez conozcáis a mi hermana, Felipa de Roet. Es una de las doncellas de la reina.

—Diantres, por supuesto que sí —respondió el mensajero—. Fue ella, la que me entregó la asignación de la reina, la que me envió en este viaje.

—¿Y qué aspecto tiene ahora? —preguntó Catalina con timidez.

—Menuda, oscura y rechoncha como una becada —respondió Will el Lar- go—. La llaman La Picarda. Es una jovencita afanosa que está a cargo de las criadas de la despensa y las dirige con mano de hierro. ¡Sabe Dios que no es una cabeza de chorlito como otras doncellas de la reina!

—Eso parece propio de Felipa —dijo Catalina, sonriendo al fin—. A mí también me dirigió con mano de hierro cuando éramos pequeñas.

—La verdad es que no os parecéis demasiado a ella —exclamó Will el Largo tras descubrir que, al sonreír, Catalina era la doncella más hermosa que había visto en su vida.

Tenía los dientes pequeños y blancos como pétalos de margarita, su sonrisa tenía un encanto radiante, y al mismo tiempo denotaba una melancolía capaz de derretirte el corazón. Era una verdadera lástima que no pudiera aspirar a un matrimonio de altura. Sin duda, la reina tendría en mente a uno de sus guardias reales o a algún escudero. Will el Largo apenas conocía los detalles de esa misión que lo había conducido hasta ese pequeño convento de Kent, salvo que era simi- lar a otra docena de encargos que había cumplido para la reina Felipa, que tenía

un gran corazón y predisposición hacia las causas benéficas. Le preocupaban mucho los huérfanos, especialmente aquellos, como las niñas de la familia de Roet, cuyos padres habían sido paisanos suyos.

—¿Hay muchos miembros de la familia real ahora mismo en Windsor? —preguntó de repente Catalina.

Se los imaginaba ataviados con prendas luminosas y relucientes, tanto al rey Eduardo y la reina Felipa, como a sus hijos, los príncipes. Nombres que apenas se pronunciaban en Sheppey, donde las conversaciones se limitaban al correcto cumplimiento de las festividades de los santos, a la pereza de los sirvientes del priorato o a los recurrentes ataques, quizá de inspiración divina, que aquejaban a una de las novicias.

—La mayoría de ellos estarán en Windsor para la celebración del banquete y la justa del Día de San Jorge —explicó el mensajero—, pero no sabría decir cuáles. Todos pasan mucho tiempo viajando, y últimamente corren nuevos rumores de guerra.

—¿Guerra? —exclamó la priora—. Pero si llevamos seis años en paz con Francia.

«Santa María, otra guerra no», pensó, sabiendo por su amarga experiencia que la guerra incrementaba sus problemas administrativos. Ya bastante mala era la situación con los siervos de la finca, que además escaseaban. Tras el terrible brote de peste negra de 1348, no quedaban vasallos robustos que pudieran hacer el trabajo. Las monjas trabajaban los campos ellas mismas —aquellas que habían sobrevivido a la peste—, y Sheppey había estado a punto de irse a pique. Godeleva era una novicia por aquel entonces, demasiado joven para comprender las angustias de sus superiores. Pero habían logrado salir adelante. Había surgido una nueva generación de siervos, aunque no tan dóciles como en los viejos tiempos, ya que estos nuevos partían en manada a la guerra por voluntad propia en vez de esperar a que los llamaran. Así había sido antes del Tratado de Brétigny, así volvería a ser si estallaba de nuevo la guerra, y ya no quedaría nadie para trabajar salvo un puñado de ancianos enclenques y mujeres adustas.

—Según tengo entendido, la guerra no es contra Francia, sino contra Castilla —respondió Will el Largo—. El príncipe de Gales, que Dios lo bendiga, se ha interesado por la cuestión en Burdeos.

Aburrido de pronto de aquellas mujeres y de su misión, el mensajero espoleó a su caballo y se adelantó, maldiciendo la lentitud de los jacos del convento. Si estallara la guerra no lo enviarían a cumplir recados absurdos como el de escoltar vírgenes a través de la campiña.

—Vamos, vamos, mis reverendas hermanas —las instó con impaciencia, girando sobre su montura—. La balsa nos espera.

La paciencia de Will el Largo volvió a ponerse a prueba al cruzar el Swale. *Bayard* se quedó inmóvil otra vez, negándose durante media hora tanto a nadar

como a subir a bordo de la balsa. Sor Cicily, que le tenía aún más miedo al agua que a los caballos, resbaló por la borda y la sacaron del agua gimoteando, con sus negros ropajes empapados y aferrados a sus piernas huesudas. En cuanto al barquero, al ver el emblema real en la túnica de Will el Largo, intentó duplicar la tarifa como cabía esperar. Como buena flamenca que era, la reina era muy ahorrativa, así que los fondos que le había asignado para el viaje apenas le permitirían cubrir los gastos, de modo que el mensajero tuvo que refrenar al barquero haciendo uso de su áspera y experimentada lengua.

Catalina se sentó sobre una roca cubierta de musgo en la otra orilla del Swale y escuchó con embeleso una sarta de improperios cuya existencia ni siquiera conocía, mientras esperaba a que el mensajero terminara de despachar a *Bayard* y al barquero. Se sentía contenta —y también un poco asustada— de poder pisar al fin la isla principal del país. El sol le calentaba la espalda, los mirlos cantaban desde un cerezo silvestre y en lo alto de la colina por la que discurría la carretera hacia Londres resonaban los confusos balidos de las ovejas y el tintineo del carnero que lideraba el rebaño.

Desde el otro lado del Swale, Catalina contempló la isla de Sheppey, donde había pasado un tercio de su vida. Divisó las almenas del castillo inconcluso, pero no la pequeña y achaparrada torre del convento. Tampoco pudo escuchar la campana que en esos mismos instantes estaría llamando a las monjas para la hora tercia, y pensó en aquel día de hace cinco años en que oyó esa campana por primera vez, cuando se apeó de un carro frente el convento, junto con una pieza de carne y medio tonel de vino, sendos obsequios para Sheppey por parte de la reina. La monarca también envió tres nobles de oro para la manutención de Catalina, lo cual entusiasmó a la priora Godeleva.

Cierto, Catalina no contaba con tutelaje real, no era una novicia con una buena dote y ni siquiera era de origen noble; era una simple muchacha, como tantas otras, de la que la maternal reina se había sentido responsable. Pero la priora se sintió eufórica con esa inesperada muestra de interés real, ya que era la primera vez que Sheppey recibía un honor como ese. Normalmente las elegidas eran fundaciones aristocráticas como Barking o Amesbury.

Si la reina había pensado en su convento, había sido gracias a su proximidad al castillo de Queenborough, que iba a ser reconstruido a partir de una vieja fortaleza sajona para custodiar el Támesis. Para ser más precisos, había pensado en el convento y después, al parecer, había vuelto a olvidarse de él.

Catalina creció sana y robusta, pero no tardó en agotar los nobles de oro y se convirtió en un gasto para el convento, ya que no recibieron nada más por parte de la reina ni de Felipa, la hermana de Catalina, salvo el mensaje transmitido por aquel joven escudero el año anterior.

Catalina había aprendido pronto que los miembros de la realeza, por bondadosos que pudieran ser, a menudo tenían mala memoria, pese a que la reina

había dicho que jamás se olvidaría de sus paisanos, sobre todo de aquellos muertos en el campo de batalla, como le ocurrió al padre de Catalina.

Payn de Roet era originario de Henao, la pequeña y próspera provincia de los Países Bajos donde nació la reina, pero después se casó con una muchacha francesa de la región de Picardía que falleció al dar a luz. Tras su muerte, Payn dejó a sus dos hijas pequeñas al cuidado de sus abuelos y siguió a la reina hasta Inglaterra. Payn fue un hombre elegante y apuesto, le gustaba vestir como lo haría alguien de una posición social mayor que la suya, y de ahí que lo apodaran *Paon*, el pavo real.

Obtuvo el favor del rey Eduardo, que lo designó como uno de los heraldos reales —maestro de armas para representar la provincia de Guyena—, y destacó de tal modo combatiendo en Francia, justo antes del tratado de paz de 1360, que el rey Eduardo lo nombró caballero en el campo de batalla, junto a muchos otros soldados que habían demostrado su valía.

*Sir* Payn no vivió lo suficiente como para disfrutar ni de su título ni de la tregua, ya que una flecha normanda le perforó los pulmones durante una escaramuza ante las murallas de París, y expiró con una angustiada oración por el futuro de las dos hijas pequeñas que dejaba en Picardía.

La reina Felipa se enteró de lo ocurrido más tarde, cuando el rey regresó a Inglaterra, y se entristeció. Al poco tiempo, aprovechó que tenía que enviar un mensajero al otro lado del Canal, con misivas dirigidas a Brujas, para encomendarle otros cuantos encargos por el camino.

Así fue como el mensajero hizo una parada en la granja de Picardía y descubrió que la familia de *sir* Payn necesitaba ayuda desesperadamente. La peste, que había regresado ese invierno para su segundo gran envite, había asolado recientemente la finca. Los abuelos y todos los siervos habían muerto. Solo quedaban las dos hijas pequeñas de Payn, y una de ellas, la menor, había experimentado una recuperación milagrosa tras haberse contagiado, aunque aún seguía enferma. Las estaba cuidando un vecino a regañadientes.

Las niñas tenían trece y diez años respectivamente. La mayor se llamaba Felipa, en honor de la reina que había sido la benefactora de su padre, y la pequeña era Catalina. Al encontrarlas completamente desamparadas, y conocedor del buen corazón de la reina, el mensajero se llevó a las niñas de regreso a Inglaterra.

De aquel viaje a través del Canal y la posterior llegada a un país extranjero —así como del accidentado trayecto bajo una lluvia torrencial hasta el palacio real de Eltham, donde fueron recibidas finalmente por la reina—, Catalina no recordaba casi nada. El motivo fue que se había pasado enferma casi todo el camino, con disentería y unas fiebres que le consumieron todas las fuerzas.

Catalina tenía vagos recuerdos de un rostro rollizo y afable coronado por una diadema dorada, y de una voz vigorosa y reconfortante que le habló primero

en flamenco y después en francés, pero, aunque su hermana Felipa la instó efusivamente a responder a la reina, no pudo articular palabra. Aparte de eso, no recordaba nada más.

La reina la mandó llevar a la cabaña de un guarda forestal donde la señora que vivía allí, una mujer experimentada en el uso de hierbas medicinales, consiguió devolverle la salud. Para entonces, la reina se había trasladado a su palacio favorito de Woodstock y se había llevado a la pequeña Felipa como parte de su séquito. Cuando le recordaron que Catalina había experimentado una sorprendente recuperación, envió una misiva para tramitar la admisión de la muchacha en Sheppey.

«Qué desdichada me sentía, y cuánto añoraba mi hogar, la última vez que crucé este río», pensó Catalina mientras contemplaba las turbias aguas del Swale.

—*Viens, Catalina, dépeche toi!* —la llamó la priora desde la carretera, preparada para subirse al caballo blanco.

Catalina se apresuró. La priora solo empleaba el francés en momentos solemnes o para soltar una reprimenda, y lo hablaba con un acento cerrado de Kent, de manera que Catalina no entendió ni una palabra de lo que decía cuando llegó al convento. Sin embargo, ahora ese francés burdo le resultaba tan familiar como el inglés que hablaban las monjas entre ellas.

Will el Largo, tras haber doblegado a *Bayard* y al barquero, las estaba esperando para reanudar la marcha.

Catalina montó detrás de Godeleva y la pequeña procesión se puso en camino. Sor Cicily iba a la zaga, todavía tiritando y sorbiéndose la nariz, y de vez en cuando se encomendaba a santa Sexburga, la patrona de su convento, para que la protegiera de nuevos infortunios. Pero el sol comenzó a calentar con más fuerza, la carretera embarrada se secó, la suave brisa de Kent estaba cargada de fragancias y cánticos de aves, y cuando vieron un rebaño de ovejas que se acercaba hacia ellos —un muy buen presagio—, sor Cicily se animó y comenzó a fijarse en el cambiante paisaje de la campiña.

Will el Largo había empezado a cantar de nuevo: una balada sobre adulterios y mujeres de moral distraída que por fortuna no llegó a oídos de sus acompañantes. Incluso la priora se dejó llevar por el inusual placer de salir de viaje y le dijo a Catalina:

—Ay, niña, que la Virgen y nuestro Señor me perdonen. Ellos saben bien que jamás abandonaría mi convento sin un buen motivo, pero es agradable salir al mundo exterior.

—¡Desde luego que sí, reverenda madre!

Catalina, sorprendida por esa confesión tan mundana, miró con afecto la pequeña cabecita cubierta de negro que tenía delante. Por una vez, la priora se había mostrado menos austera que de costumbre y había realizado ciertas concesiones

a la vanidad femenina. Llevaba la toca cuidadosamente almidonada y le había pedido a sor Joanna, la encargada de cámara, que renovara la capa negra y restregara ramas de canela sobre los pliegues para suprimir el inevitable olor a moho y a sudor. Su anillo, grabado con el emblema de la orden, se pulió a conciencia con ceniza hasta que acabó reluciendo como una estrella sobre su índice pálido y regordete. También le pidió al sacristán que cambiara la cuerda de su mejor rosario de coral por un hilo dorado.

En general, Godeleva obedecía la norma benedictina mejor que nadie, pero también era preciso tener en cuenta ciertas consideraciones de carácter práctico. Durante ese viaje a la corte, quizá surgiera la posibilidad de encontrar a una novicia bien dotada para Sheppey, y, por desgracia, las personas que viven en el mundo exterior tienen tendencia a dejarse influir por las apariencias. A los padres no les gustaba dejar a sus hijas en manos de congregaciones provincianas y empobrecidas, y la competición era feroz, ya que en Inglaterra había unos ciento cuarenta conventos aparte de Sheppey, todos ellos ansiosos por conseguir prebendas.

La priora se dio la vuelta para mirar a su protegida y pensó que Catalina daría buena imagen a Sheppey. Se había convertido en una muchacha hermosa. Puede que eso no fuera mérito del convento —aunque resultaba evidente que la habían alimentado bien—, pero sus exquisitos modales y su finura a la hora de comer agradarían a la reina tanto como le sorprendería la educación que había recibido. Catalina sabía tejer, bordar y elaborar infusiones medicinales, por supuesto; entonaba cánticos con las monjas, y su voz pura y cautivadora resultaba tan natural y rica en matices que la maestra de novicias tenía que recordarle a menudo que empleara un tono más bajo y nasal, tal y como establecía el decoro. Pero, por encima de todo eso, Catalina sabía leer tanto en inglés como en francés porque «sir» Osbert, el sacerdote, se había tomado la molestia de enseñarla, y afirmó que aprendió el doble de rápido que cualquiera de las demás novicias. También le había enseñado un poco de astrología y el uso del ábaco, algo que no contó con la aprobación de la priora. Los conocimientos inútiles son una trampa del Demonio, y el año anterior, cuando la belleza de Catalina resultó evidente, Godeleva receló en más de una ocasión del entusiasmo de «sir» Osbert por la enseñanza. Sin embargo, se había arrepentido de sus vergonzosas sospechas; el sacerdote era un hombre, desde luego, pero ya muy anciano, y la vigilante priora llegó a la conclusión de que en las horas que pasaba instruyendo a Catalina solo encontraba un interés intelectual y una cura para el aburrimiento.

—Agacha la cabeza y mantén la espalda erguida, niña, tal y como te hemos enseñado —dijo la priora mientras recolocaba los pliegues de su hábito, que se había enredado con los estribos.

Catalina obedeció lo mejor que pudo entre los zarandeos de la grupa de *Bayard*, después se inclinó hacia delante con avidez.



—Mirad, reverenda madre, por allí asoma un capitel, y también hay un casti-  
llo y varias casas. ¿Eso es Londres?

Will el Largo lo oyó y soltó una sonora carcajada.

—Aquello de allí es Rochester, no Londres. Sería como comparar el sol con  
una simple vela.

Catalina se ruborizó y no dijo nada más, pero el caso es que Rochester le  
pareció una ciudad inmensa. Aparte del imponente capitel, asomaban por lo  
menos un centenar de chimeneas sobre la enorme muralla que la rodeaba.

—Allí hay una taberna bastante decente, señora —dijo Long Will, que re-  
gresó cabalgando junto a la priora—. Tengo el gaznate seco y el estómago vacío  
como un tambor, y supongo que vos también. ¿Qué os parece si cenamos en el  
Tres Coronas?

La priora negó con la cabeza.

—De eso nada —repuso, frunciendo los labios—. Iremos al albergue de la  
abadía. Una de mis monjas, sor Alicia, es prima carnal del abad.

Will el Largo y Catalina se sintieron muy decepcionados; el primero porque  
le gustaba la cerveza y la camarera del Tres Coronas, y la segunda porque ya  
estaba un poco harta de edificios religiosos y anhelaba ver cómo era una taberna  
por dentro. Pero la menuda priora estaba acostumbrada a mandar. A regaña-  
dientes, Will lideró la comitiva a través de las puertas de la ciudad en dirección  
a la abadía.

Despertaron interés por las calles, y no a causa de las monjas —al fin y al  
cabo, en esa parada en el camino hacia Canterbury se veían multitud de peregrini-  
nos, tanto eclesiásticos como legos—, sino por el emblema real que lucía la túni-  
ca de Will y el primoroso rostro que asomaba por detrás de la priora. A Catalina  
se le había caído la capucha, de manera que su melena rojiza centelleaba bajo el  
sol y sus carrillos parecían las flores de un manzano.

Los ciudadanos de Rochester se pegaron a las casas colgantes, para dejar paso  
a los tres caballos por esas calles tan estrechas, y no mostraron ningún tapujo en  
sus comentarios.

—Por los clavos de Cristo —exclamó un curtidor, dirigiéndose a Will con  
tono jocoso—, ¿te has dedicado a saquear un convento, larguirucho?

—Peor aún —respondió un vendedor ambulante con tono adusto—. Está  
conduciendo a esas mujeres para que las cuelguen en el puente de Londres por  
traición, ¡estoy seguro!

Aquel comentario vino acompañado de varias risotadas, y un panadero aso-  
mó la cabeza por el escaparate de su tienda.

—En ese caso, les dejarán los huesos limpios a picotazos en un santiamén,  
pues es bien sabido que a los buitres les gusta la carne de virgen.

—Puede que sean vírgenes —exclamó el curtidor—, pero esa muchacha es  
demasiado hermosa como para acabar así. Haced el favor de no encerrarla en

un convento, señora —añadió, mirando a Godeleva con un tono suplicante y burlón—. Buscaos otra novicia, con los dientes torcidos y poco agraciada. Esta muchacha tan guapa debería calentar el lecho de algún hombre afortunado.

—Así agarréis la peste bovina —exclamó Will el Largo, sonriendo—. La reina en persona le buscará marido a esta doncella. Abrid paso, abrid paso —gritó, dirigiéndose a una maraña de perros y niños que jugaban a la gallinita ciega por la calle.

La priora avanzó imperturbable entre todos esos chascarrillos. Había escuchado obscenidades de todo tipo durante su infancia en Sandwich y, de hecho, apenas reparó en ellos, pues estaba ocupada pensando en dónde pasarían la noche. Si en la abadía no podían darles cobijo, tendrían que probar suerte en el convento de Lilliechurch. Pero sor Cicily sí se asustó; meneó su nariz alargada como la de un hurón, se le enrojecieron los ojos y lamentó una vez más haberse sumado a ese viaje.

Catalina no estaba asustada, pero le entró la timidez y se caló aún más la capucha sobre el rostro. «¿De verdad soy hermosa?», pensó. Era la primera vez que se lo decían y, por supuesto, en Sheppey no había ningún espejo. Había oído hablar de mujeres bellas a algunas de las monjas más ancianas y a algunos de los peregrinos que llamaban a la puerta del convento. Había oído hablar de mujeres tan hermosas como Juana de Kent, esposa del príncipe de Gales, que causaba gran admiración en su condado natal. Y algunos decían que Blanca de Lancaster, esposa del duque Juan de Gante, era casi tan agraciada como ella. Las dos eran rubias, tenían un cabello que parecía seda dorada y unos ojos tan azules como el manto de la Virgen. Eso decía sor Sybilla. Las había visto en persona durante un torneo en Smithfield diez años atrás, antes de que se trasladara a Sheppey como novicia. Sor Sybilla también había leído muchas novelas románticas, antes de que dejara atrás los placeres mundanos, y decía que las bellas heroínas siempre tenían el cabello claro, los ojos azules y boquita de piñón, con unos labios que semejaban pétalos de rosa.

Catalina sabía que su cabello tenía un tinte rojizo como el de un castaño, pero no estaba tan segura acerca de sus ojos, así que le pidió ayuda a otra novicia. La pequeña Adela de Northwode examinó los ojos de Catalina a conciencia.

—Son de una especie de gris moteado, como... como el pelaje de un conejo —dijo al fin—. O quizá sea mejor decir que es como un fino manto de niebla, justo antes de que lo atraviesen los rayos del sol. Pero son muy grandes —añadió con dulzura al ver que Catalina parecía disgustada—, casi tanto como los de una oveja...

Un comentario, este último, que no resultó nada reconfortante. Posteriores pesquisas solo le permitieron sacar en claro a Catalina que tampoco tenía una boquita de piñón, así que, frustrada, abandonó cualquier concesión a la vanidad.

De todos modos, aquel día había experimentado una extraña sensación de poder, la misma que sintió el año anterior cuando conoció al joven escudero.

Catalina tuvo tiempo de sobra aquella noche para pensar en él, ya que las monjas y ella se alojaron en el albergue femenino de la abadía, y después de asistir a las completas se echaron a dormir en los camastros que habían dispuesto en los dormitorios de la abadía. Al poco rato, el fétido ambiente quedó inundado de toses y ronquidos femeninos, igual que en Sheppey. Además, las chinches y las moscas que vivían entre el forraje reseco que cubría el suelo, al percibir carne fresca, se dieron un ávido festín sobre el tierno cuerpo desnudo de Catalina, que entre la emoción y las picaduras no pudo pegar ojo.

Fue en mayo, casi un año antes, cuando el escudero se presentó ante la puerta del convento preguntando por la doncella de Roet, pues le traía a Catalina un mensaje de su hermana desde la corte. Era el primer mensaje que recibía de Felipa desde su llegada a Sheppey, y el joven escudero le transmitió las pertinentes disculpas en su nombre. Felipa no contaba con una educación monacal y no sabía escribir, por eso no había tenido ocasión de ponerse en contacto con ella antes.

Catalina recibió a su visitante en la penumbra del salón del convento, embargada por una mezcla tan intensa de desconcierto y alegría que apenas pudo articular palabra.

El escudero se llamaba Roger de Cheyne y formaba parte del séquito del duque de Lancaster. El gran duque en persona se encontraba aquella noche en Queenborough, realizando una visita para supervisar la construcción del castillo, y Roger había obtenido permiso para cabalgar hasta el convento y ver a Catalina.

—Vuestra hermana, Felipa la Picarda —dijo el joven, mientras retorció su sombrero de fieltro enjoyado y contemplaba a Catalina con azoramiento—, os envía saludos y confía en que os encontréis bien de salud, igual que ella. Me ha pedido que os pregunte si es vuestra intención, y la de la reverenda madre —en este punto agachó la cabeza y le dirigió una sonrisa encantadora a la priora—, iniciaros como novicia en este convento.

—¡No, no! —exclamó Catalina con vehemencia, tan espantada que olvidó los dictados del decoro.

La priora frunció el ceño.

—Obviamente, *mademoiselle* de Roet cumplirá los deseos de la reina... —Hizo una pausa, preguntándose si le iban a pedir que acogiera a Catalina sin que mediara dote alguna.

El escudero sonrió y a Catalina se le aceleró el corazón. Era joven y lozano y tenía una piel tersa como la de una muchacha, tiznada levemente por un suave bronceado. Sus rizos castaños se apelmazaban alrededor de sus orejas, su sobre-vesta azul de lana estaba bordada en oro alrededor del emblema rojo y rosa de

los Lancaster, tenía una daga incrustada de joyas y unos refinados zapatos rojos acabados en punta. Pero a pesar de toda esa elegancia, tenía un cuello grueso y musculoso, y era ancho de espaldas. Por más inocente que fuera, Catalina percibió en él una virilidad latente por debajo de esos modales tan refinados, como la sólida rama que sostiene las flores de un cerezo.

—No puedo hablar en nombre de la reina —dijo el escudero con voz suave y seductora—. Hace meses que no la veo debido a que padece de hidropesía y no sale de Woodstock, pero tengo entendido que vuestra hermana, tanto si elegís el matrimonio como tomar el hábito, os anima, llegado el momento... —Hizo una pausa, consciente del tiempo que solían conllevar esas cuestiones— a que mostréis vuestros deseos ante su majestad, que Dios tenga a bien sanarla.

—Ah —masculló Catalina.

A pesar de todo, debía continuar en el convento y esperar las indicaciones de la reina, igual que antes. Se giró, mordiéndose el labio, para contemplar el mar a través del ventanal sin cristales.

El escudero se acercó a ella y le acarició el brazo desnudo de una manera tan suave y veloz que la priora no se dio cuenta.

—*Ma belle* —le susurró apresuradamente en francés—, ¿habéis sentido alguna vez las flechas de Cupido que atraviesan el corazón y lo envuelven en un fuego dulce?

Al percibir la respiración acelerada de Catalina y la expresión de sobresalto en su mirada, el escudero añadió en inglés, alzando la voz:

—En ese caso, ¿debo decirle a vuestra hermana que deseáis casaros?

Catalina se sonrojó y agachó la cabeza. No sabía nada del sofisticado juego del cortejo y la pregunta que le había formulado aquel joven acerca de Cupido y su fuego le pareció una jerigonza, pero un escalofrío recorrió sus venas cuando el escudero la acarició y le habló con el acento, ya casi olvidado, de su infancia.

—¿No sois inglés, escudero? —preguntó con un hilo de voz.

Roger de Cheyne se rio.

—Soy inglés de pura cepa, ya que mi abuelo vino aquí desde Artois en tiempos de Isabel de Francia, y yo nací en el señorío que tiene mi familia en Oxfordshire. Pero mi madre aún posee tierras en Francia, así que he pasado mucho tiempo allí.

—¿Y tu padre? —preguntó la priora. A ella también le interesaban esos ecos revitalizantes del mundo exterior.

—Murió en Crécy, a manos de un pariente francés —respondió Roger animadamente—. Mi padre, por supuesto, formaba parte del regimiento del rey Eduardo, pero tenía muchos parientes en el otro bando. En fin, así es la guerra. Por cierto, yo nací el mismo día de la batalla, así que jamás conocí a mi padre, que en paz descansa.

Catalina echó cuentas. La victoria inglesa en Crécy tuvo lugar a finales de agosto de 1346, así que aquel joven escudero tenía casi diecinueve años y había nacido bajo el signo de Virgo. Eso significaba que se trataba de un hombre con ideales elevados de nobleza y castidad. A menudo, los nacidos bajo ese signo se unían a órdenes religiosas, como la de san Cutberto.

Con nerviosismo, Catalina miró de reojo a Roger a través de sus largas pestañas. No parecía un joven propenso a la vida monacal, pero ¿qué sabría ella de los hombres y sus inclinaciones?, pensó, alicaída. Y tampoco iba a poder descubrir nada entonces, al parecer, pues la priora se había levantado y le había tendido la mano al escudero para que le besara el anillo.

—Has sido muy amable al traernos este mensaje, joven —dijo la priora con un tono mucho menos cordial. Había comprendido de repente que, por encantador que pudiera parecer el joven de Cheyne, su visita no le había reportado nada.

Por lo visto, Catalina tendría que permanecer allí, viviendo de la caridad de las monjas y con su futuro aún por decidir. Además, a Godeleva no le gustaron las miradas anhelantes que aquel joven descarado le había lanzado a su protegida. No se había producido ningún escándalo ni amorío durante su etapa al frente del convento, y no pensaba permitir que se produjera alguno... aunque fuera de carácter seglar. Así que la priora llevó a Catalina de vuelta con la maestra de novicias y supervisó personalmente cómo le servían pan y cerveza al escudero antes de despedirse de él desde la casa del guarda.

Catalina no volvió a verlo, pero aquella noche, mientras estaba acostada entre las novicias, le pareció oír el estrépito de unas trompetas procedentes del castillo y pensó que ojalá pudiera oír también las voces de los hombres, sus risas y sus cánticos. El duque de Lancaster y su séquito lo estarían pasando en grande, y puede que Roger de Cheyne estuviera tocando el laúd que Catalina había visto colgado de su montura. Catalina lloró un rato en silencio, sofocando el ruido con su cabello para no perturbar el sueño de las novicias.



«Santa María, menuda cría estaba hecha», pensó Catalina desde el camastro de aquella extraña estancia, pues ahora que había logrado salir del convento, todas sus cuitas del pasado parecían triviales. «Me portaré bien y cumpliré los deseos de Felipa y de la reina», pensó vagamente, incapaz de formarse una imagen mental de ninguna de ellas. No pensó demasiado en el marido que habrían de asignarle, salvo que sería maravilloso que fuera tan joven y atractivo como Roger de Cheyne.